



NUEVA HISTORIA PEREGRINA DEL REY BASILIO DE Dinamarca, su hija la Princesa, y su amante el Conde Federico: en que se refieren los varios lances de estos dos amantes, como lo verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

EScucha, Auditorio noble,
una historia verdadera,
que en laminas de oro, y bronce
era bien, que se esculpieras;
aunque para referirla
me valdrè de la Suprema
Sacrosanta Trinidad,
porque aunque muchos Poetas
invocan del Dios Apolo
su mentida subtileza,
y de la fuerte Helicona
dicen, que beben sus tersas,
como cristalinas aguas,
invocando la assistencia
de las Musas, que ellos dicen,
que son nueve, segun cuentan,
todo es fabula, y mentiras;
porque solo la Suprema
Inteligencia Divina
reparte su mano excelsa
[illegible] hombres
sin ninguna competencia.
En esta, pues, confiado,
darè principio à esta letra:
y digo, que en Dinamarca,
Ciudad populosa, y bella,
cuyos altos edificios
assaltan à las Estrellas,
el Sol oculta sus rayos,
temeroso de que puedan
sus altas puntas herirle,
dexando à obscuras la tierra.
Era Rey de este emisferio
Basilio el Grande, que era
amado de sus vassallos
por su virtud, y prudencia;
q̃ aunque es verdad, que los Re[illegible]
por su sangre siempre hered[illegible]

sus Monarchias, no todos
los cariños se grangean,
que esto alcanza la razon,
y la razon no es herencia.
Este tal prudente Rei
tiene una hermosa Princesa
unica, porque su Madre
pagò la forzosa deuda
en su parto, no atendiendo
la Parca torpe, y grosera
su Corona, porque à nadie
esta fiera la respeta.
Crióse esta hermosa niña,
como ya dixe, heredera
de Dinamarca, y su Imperio,
y el Cielo diò à manos llenas
á aquella Princesa hermosa
dones de naturaleza:
era en discreta Athalanta,
y Venus en la belleza,
Semiramis en lo fuerte,
y Palas en gentileza,
que aquella manzana de oro
sin duda à ella se le diera:
Como es hermosa, y bizarra,
y de su Reino heredera,
los Principes confinantes
pretendian su belleza.
entre los muchos Señores,
que asisten à la grandeza
del gran Rei de Dinamarca
està un deudo suyo, que era
el Conde Don Federico,
General de Mar, y Tierra:
es discreto, y entendido,
y siendo Marte en la guerra
por su valor invencible,
en la Corte Adonis eras
es muy querido del Rei,
tanto, que lo que aconseja,
esso es lo que se hace
sin ninguna diferencia.
Tenia el Conde una hermana,
que es bellissima Duquesa
en sus Estados, que nunca
hizo en la Corte assistencia.
El Conde Don Federico
hablò un dia à la Princesa,
diciendo: Dueño, y Señora,
hermosissima Princesa,
ya es tiempo, Señora mia,
el que vuestra mano bella
en un Principe se emplee
de tantos como desean,
como rendidos esclavos,
lograr dicha tan suprema.
La Princesa le responde,
diciendo de esta manera:
Conde, yo tengo un retrato
dentro en mi pecho, y quisiera,
que su dueño fuesse solo
quien lograsse mi belleza,
mi Corona, ò mis Estados,
como aqueste no sea.
no se canse el Rei mi Padre,
ni mi Reino lo pretenda.
Respondiò el Conde: Señora,
muestremelo vuestra Alteza,
que os empeño mi palabra
de hacer vivas diligencias,
aunque en el cabo del mundo
este Principe estuviera.
La Princesa luego al punto,
metiendo su mano bella,
sacò del pecho un espejo,
y se lo diò muy risueña:
el Conde quedò turbado,
y le dice la Princesa:
Pues Conde, de què os turbais?
Y el Conde le respondiera:

Prin-

Princesa, y Señora mia,
es posible, de que quieras,
haviendo Principes tantos,
que aspitan à tu grandeza,
pagarte tan mal, Señora?
Mira, advierte, considera,
el que yo soi tu vassallo,
tù mi Dueño, y mi Princesa.
Ya he llegado à declararme,
le dixo en palabras tiernas:
y assi, Conde, tù has de ser
el que ciña esta Diadema.
Considere aqui el discreto,
quando ruega una belleza,
quando una Corona obliga,
y un Reino se le presenta,
què pudiera hacer ninguno,
sino admitir la propuesta.
Respondiòle cortesano.
Y Cupido con dos flechas
hiriò sus dos corazones
reciprocos, de manera,
que se beben los alientos;
pero esto con la decencia,
porque nunca à lo atrevido
abrieron la franca puerta.
A este tiempo à Dinamarca
le puso guerra Suecia,
y el Rei entonces al Conde
lo enviò, para que fuera,
como su gran General,
à resistir tanta fuerza.
Obedeciò el Conde, luego
se fue à vèr à la Princesa,
diciendo lo que su Padre
manda, dispone, y ordena:
la Princesa aunque sentia
de Federico la ausencia,
con animo generoso
para que fuera le alienta:
presentòle un Cisne hermoso,
que sin duda alguna era
de aquel Carro fabuloso,
que han fingido los Poetas.
Mucho lo agradece el Conde,
y à su hermana la Duquesa
cuenta dà de su partida,
y su hermana le presenta
armas, y una Compañia
de esclarecida Nobleza,
para la guardia, y custodia
de su persona discreta.
partiò luego Federico,
dandole à el ayre vanderas,
desplegando tafetanes;
y las caxas, y trompetas
para la Princesa hermosa
son saeras, que atraviesan
aquel corazon amante
de la constante firmeza.
Fuesse el Conde, donde dexo
en sus marchas, y en su guerra,
por decir, que en Dinamarca
en aqueste tiempo entra
de Albania un Embaxador,
y assi que tuvo licencia
de presentar su ambaxada,
và pidiendo la Princesa
para el Principe Albanès:
y viendo las conveniencias,
que al Reyno de Dinamarca
se siguen de esta propuesta,
el Rey, y el Consejo todo,
sin dàr cuenta à la Princesa,
otorgaron la embaxada
con alegria, y con fiestas;
y despues de ya otorgada
le dàn cuenta à la Princesa.
la qual pesarosa, y triste,
viendo à su amante en la guerra;
y

y viendo, que de eſte lance
no tiene quien la defienda,
y que toda Dinamarca,
que ſe caſe le amoneſta,
mirando por eſte lazo
del Reyno las conveniencias:
folloza, gime, y ſuſpira,
ſin tener quien la defienda.
En eſto un año paſsò,
quando vino de la guerra
el General Federico
victorioſo, de manera,
que vanderas, y deſpojos
dicen ſu victoria excelſa.
Y con aqueſtas noticias
previenen ſolemnes fieſtas
en la grande Dinamarca,
y fue para la Princeſa,
juzgando fueſſe ſu alivio,
noticia, que mas le aſegra.
Entrò el Conde, y luego al punto
à recibirle ſaliera
el Rey con todos ſus Grandes;
ſaliò tambien la Princeſa
en Carroza de criſtales
à darle la norabuena.
Muy alegre eſtaba el Conde,
quando el Rey le ha dado cuenta
como tenia caſada
à ſu hija la Princeſa:
el Conde quedò turbado,
y embargadas las potencias,
tanto, que à el Rey pareciò,
que aquel accidente era,
que le aſſaltà de repente;
y luego al inſtante ordena,
que le lleven à ſu caſa,
cuydando de ſu aſsiſtencia:
La Princeſa luego al punto
à el Conde eſcribiò dos letras,
diciendo, que aquella noche
de ſu jardin à la rexa
le eſpera ſin falta alguna.
Y el Conde fue con preſteza,
y antes que el Conde llegaſſe,
le conoce la Princeſa:
le dice: Conde, y Señor,
muchas deſdichas me cercan,
yo muero deſeſperada,
ſi es que tu no lo remedias:
llevame, mi bien de aqui,
que donde quiera que fueres,
quiero ſer pobre à tu lado,
y no en Dinamarca Reyna.
El Conde le reſpondiò:
No es poſsible, mi Princeſa,
porque ſerà gran traycion
à mi ſangre, y mi nobleza.
La Princeſa, que le viò
tan ſemejante reſpueſta,
corrida, y deſeſperada
le dice de eſta manera:
aleve Conde, mal pagas
mi cariño, y mi firmeza:
y cerrando la ventana,
ſe fue à llorar. Donde dexa
Bermudo de aqueſta hiſtoria
aqueſta parte primera,
prometiendo en la ſegunda
à el Auditorio dàr cuenta
de eſtos dos tiernos amantes,
ſi es, que os ha agradado en eſta.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Juan de Medina, Plazuela de las Cañas, donde ſe hallarà de todo genero de ſurtimiento.